

HUELLAS

25 AÑOS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE



Barranquilla y su carnaval,
obra maestra del patrimonio oral e intangible de la humanidad

Viñetas sobre el carnaval de Barranquilla

Adolfo González Henríquez*

PRIMERA VIÑETA: MESTIZAJE, CATOLICISMO, SAN MAMERTO Y DESGRACIADOS

Los antecedentes del carnaval de Barranquilla se remontan a la llegada de los primeros conquistadores a Tierra Firme, es decir, a los inicios de la historia mestiza del Caribe colombiano. Con ellos, llegaron los primeros agentes del mestizaje: en primer lugar, la religión católica, a través del principio de la igualdad fundamental de todos ante Dios, y de su realismo político milenarista, que le indicaba la conveniencia de ganar adeptos utilizando el afecto antes que la razón; como símbolo inicial significativo, la acostumbrada misa de acción de gracias, pocos minutos después del desembarco, con sus cantos responsoriales entre el sacerdote y los feligreses que inflamó la imaginación de los aborígenes, dada su fascinación por el ritual.¹ En

* Abogado de la Universidad Libre, y Sociólogo de la Universidad Nacional, Bogotá. Profesor de la Universidad del Atlántico y de la Universidad del Norte. Este artículo fue escrito especialmente para *Huellas*.

segundo lugar, la llegada de los «desgraciados» (como los llamó alguna vez Germán Arciniegas), aventureros que traían su bagaje de fiestas surtidas (carnavales, fiestas de locos, procesiones, liturgias danzadas y demás), mezclas de antiguos paganismos y cristianismos, es decir, de numerosos portadores de la cultura popular de la Edad Media, cuya expresión más importante era el carnaval.² Y en tercer lugar, la presencia de los «mas desgraciados», del componente negro, procedente de múltiples culturas africanas, y del componente indio, procedente del trauma más espectacular que hayan conocido los siglos; las presencias de ambos se perciben en su conocimiento del entorno y su aporte de materiales físicos, elementos de música y danza, relatos, máscaras, disfraces.



Comparsa *Calipso Trinidad* del Club Barranquilla, 1973.

Durante la Colonia, la primera festividad organizada que incorpora elementos folclóricos es la procesión del Corpus Christi, donde la intención piadosa coincidía con caballos, toros, bailes y disfraces.³ Una continuación del realismo político medieval católico, que utilizaba el ritual como instrumento de control social, evidenciado en las procesiones viene-

sas con flores y dragones del obispo san Mamerto en el siglo VI.⁴ Las celebraciones del Corpus Christi en el Caribe colombiano incluyeron danzas como la de los *diablitos*, y la Conquista, especie de auto guerrero que recuerda la gesta conquistadora mediante la escenificación callejera de un choque entre indios disparando flechas y militares haciendo tiros al aire, y todos cantando en tonos melancólicos o triunfales, visibles en las procesiones de Chiriguaná y Mompo.⁵ Y en la Barranquilla de 1799 algo relajado, inconcebible pero no subversivo: la presencia simbólica del Maligno en predios litúrgicos con los disfraces de matachines y diablos que terminaban entrando en la catedral postrados hasta el pie del altar; allí, como también ocurría, fumaban tabaco, bebían, comían y bailaban.⁶ Este realismo político eclesiástico, a la postre terminó legitimando el relajo.

SEGUNDA VIÑETA: REPÚBLICA Y CARNAVAL

El Caribe colombiano saludó el nacimiento de la nueva república grancolombiana en el estilo del carnaval. En octubre de 1821, Barranquilla celebró la liberación de Cartagena por el ejército rebelde del general Montilla, verdadero comienzo de nuestra vida independiente. La descripción de las fiestas fue tomada de la *Gaceta de Santa Marta*, un periódico de la época:

*A pesar de haber llegado la noticia oficial a las diez de la noche del día 12 [de octubre de 1821], por un movimiento espontáneo el pueblo la convirtió en día prorrumpiendo en vivas, danzas y todo género de diversiones hasta la mañana en que se publicó un bando muy solemne a que asistieron todas las autoridades civiles y militares, renovando el pueblo cada momento sus vivas y aclamaciones a nuestros dignos generales. El día 14 hubo función de iglesia, y salieron por las calles dos carros en contraste: el uno brillantemente adornado con damascos y espejos en que una hermosa niña rica-mente vestida figuraba a Colombia triunfante, y otras jóvenes que la iban asistiendo y llevaban sus jeroglíficos; y otro carro estudiadamente ruin y maltratado, en que se veía a Fernando VII abatido y moribundo, con su cetro y corona caídos, y sus ministros y satélites en una desesperada confusión.*⁷

Dos años después, el 14 de julio de 1823, un anónimo súbdito británico llegó a Santa Marta para calificarla con esta frase cierta y demoledora: «es

la ciudad más aburrida de todas las que he conocido.» Sin embargo, cuando se tuvieron noticias sobre las victorias logradas en Maracaibo por las fuerzas republicanas mandadas por José Prudencio Padilla, se alegraron hasta los samarios:

*Cuando a la una de la mañana la gente supo la noticia, comenzó a festejar en la forma más estrepitosa [...] grupos de personas desfilaban cantando por las calles y tocando en todas las puertas [...] La banda desfiló por las calles, se encendieron fogatas y se lanzó pólvora por todas partes. En mi vida había oído ruidos tan disonantes y ensordecedores. 15 de julio. Hoy todos los almacenes están cerrados y el regocijo general continúa en todo su furor. 16 de julio. El pueblo expresó su alborozo en la forma más increíble. Por la noche en la guarnición de oficiales se ofreció un baile que me dio la oportunidad de conocer algunas de las principales familias de Santa Marta. Las mujeres son muy morenas y, en general, bastante feas, descuidadas en el vestido y en su persona y de maneras muy poco atractivas. Les gustan muchísimo los bailes populares españoles y el vals; bailan con gran animación y cierta elegancia, especialmente las danzas españolas que son tan variadas y bonitas. Una cosa curiosa en estas fiestas es que están abiertas al público; cuando la gente oye música en cualquier parte, no tiene inconvenientes en ir entrando a mirar la fiesta y lo raro es que, en vez de despedir al intruso, se le permite estar entre los invitados.*⁸

Entre 1825 y 1826 estuvo por estas tierras el funcionario oficial sueco Carl August Gosselman, quien llegó a la conclusión de que el baile y los juegos de salón eran el único entretenimiento de las clases altas cartageneras: «Puedo decir con razón que los colombianos durante la mitad del año tienen días de fiesta y el otro medio año no hacen nada.» Posteriormente, también observó que celebraban el aniversario de la liberación de Cartagena con ambiente de feria: desfiles, música, muchos niños en las calles, y donde el baile coincide con el juego de azar. Constató la celebración de «el carnaval de Navidad» y las fiestas del 20 de enero, eventos que describe como muy musicales, y donde registra el impacto que le produce la costumbre de empolvarse la cara con harina blanca.⁹

TERCERA VIÑETA: CARTAGENA 1824 Y BARRANQUILLA 1829

Por esos mismos años empezaron a llegar extranjeros, el signo de los nuevos tiempos republica-

nos, los síntomas de la futura pujanza que alcanzaría Barranquilla. El viajero norteamericano Rensselaer van Rensselaer consigna sus impresiones sobre las fiestas navideñas de Cartagena, las cuales sugieren algún parecido con ciertos carnavales europeos:

Las fiestas, o celebraciones de las vacaciones, empiezan un poco antes de Navidad y continúan unos diez o doce días después, durante los cuales hay una parálisis laboral casi completa; incluso para ciertos periodos la ley prohíbe efectuar transacciones comerciales. Durante estas fiestas, se mantienen bailes y disfraces en la plaza pública todas las noches hasta el amanecer y no se permiten fiestas privadas; allí, bajo un amplio pabellón sostenido por postes, puede admirarse semejante condumio de «espíritus blancos y negros, espíritus azules y grises». Allí se puede mirar a cientos de per-

sonas que, rodeadas de una multitud que tiene libre acceso, colocan la fantasía en sus pies y se sumergen en un vals vertiginoso y, de vez en cuando, se detienen a observar la explosión de alguna espléndida exhibición pirotécnica. Sólo la clase más rica usa máscara y seguramente la gran mayoría asiste sin poder costearse una. Los vestidos usuales de las damas suelen ser muy costosos y elegantes; el principal adorno de cabeza es una peineta grande hecha de concha de nácar cubierta con una lujosa mantilla negra; ornamentos de oro alrededor del cuello, vestidos blancos, medias de seda con encajes y zapatillas de satín constituyen aquí la vestimenta para todos los climas. Nunca se usan bonetes por el calor y la sofocación extremados. El vestido de los caballeros es de un material blanco y los niños de las clases más pobres andan por las calles con los vestidos que la naturaleza les dio y nada más. Las damas, al disfrazarse,



Archivo de la familia Dugand Renowitzky

Comparsa Viva México del Country Club, 1971.

están más interesadas en permanecer de incógnito que en representar a su personaje, como es la usanza en Europa. Por esa razón, no estaba tan contento, pero sí había algunos disfraces que representaban a su personaje razonablemente bien. Entre ellos, un indio norteamericano con su hacha, su correa de cuentas, cuchillo y rifle, una monja de apariencia grave, un sexagenario gotoso con dos bellas hijas, cada una de las cuales buscaba evidentemente la oportunidad de escaparse con algún amante buen mozo. El pobre viejo no veía mucho más allá de sus narices y, cuando ellas bailaban, tenía que ir a buscarlas hasta que la tos lo obligaba a regresar a su silla. También había un mico con sus dos amos, pero lo mejor fue un bajá con su sultana,

ricamente vestidos en sus atuendos orientales y que representaban muy bien a sus personajes. Cuando pasaron al lado de nosotros, comenté al capitán Fish lo que pensaba de ellos, agregando que no me sorprendía el buen gusto del bajá al dedicarse a la compañía de una sola señora que pudiera desempeñarse tan bien como la sultana. Al cabo de un rato, el disfrazado se dirigió a mí diciendo: «¿Cómo está usted, señor inglés?»: de donde deduje que había entendido mi observación. No pude averiguar de quién se trataba, pero por la estatura y figura supuse que era un tal Mr. Bunch, el inglés más rico del lugar, a quien me habían presentado anteriormente. Los disfrazados raras veces saludan a un extraño o a una persona que no conozcan, pero siempre contestan cuando se les saluda. El domingo es el día de gala, se pasa revista general y se fuman muchos cigarros. Una esquina de la plaza es utilizada por los esclavos durante «las fiestas»: y éstos, a imitación de quienes son mejores que ellos, se divierten a su manera bailando unos monótonos «fandangos» durante las festividades.¹⁰

Por lo que se aprecia, estas celebraciones tenían carácter masivo, total, callejero, compartiendo la plaza pública con delimitación espacial que también es de clase y raza: los sectores populares (generalmente negros, mestizos e indios) estaban bien diferenciados de los espacios de las clases altas. En éstas, una imitación de los carnavales europeos, como lo evidencian los motivos de los disfraces, no sin toque



Carnaval de los niños.

picante, porque las damas preferían al anonimato a efectuar la representación del disfraz, la aventura de ocasión sobre el teatro. Por otra parte, está el fandango que los esclavos organizaron marginados en una esquina de la plaza, quienes se divierten imitando a «quienes son mejores que ellos», cosa poco exacta a todas luces. Un fandango esta bien lejos del ambiente sofisticado de las clases altas. Y la imitación de los populares era una reubicación de los ritos elitistas dentro de su propia cultura, caricatura, si se quiere, pero nunca copia exacta.

También de estos mismos años es el desaparecido carnaval de Cartagena descrito por el general Posada Gutiérrez, donde había exhibición de disfraces y manifestación de los cabildos. Entre éstos había mandinga, carabalí, congo, mina y demás, y a semejanza de lo que ocurría en Cuba con el día de Reyes, los amos permitían que sus esclavos pudieran expresarse libremente durante estas efemérides. La narración de Posada Gutiérrez se refiere al domingo de carnaval:

Entre éstos había mandinga, carabalí, congo, mina y demás, y a semejanza de lo que ocurría en Cuba con el día de Reyes, los amos permitían que sus esclavos pudieran expresarse libremente durante estas efemérides. La narración de Posada Gutiérrez se refiere al domingo de carnaval:

En ese día [...] imitando con alegría las costumbres de su patria [...] embrazando grandes escudos de madera forrados en papel de colores, llevando delantales de cuero de tigre; en la cabeza una especie de rodete de cartón guarnecido de plumas de colores vivos; la cara, el pecho, los brazos, y las piernas pintadas de labores rojas y empuñando espadas y sables desenvainados; salían de la ciudad a las ocho de la mañana y bajo el fuego abrasador del sol [...] iban cantando, bailando, dando brincos y haciendo contorsiones al son de tambores, panderetas con cascabeles, y golpeando platillos y almireces de cobre; y con semejante estruendo y tan terrible agitación, algunos haciendo tiros con escopetas y carabinas por todo el camino, llegaban a la Popa bañados en sudor, pero sin cansarse. Las mujeres no iban vestidas a la africana, esto es, no iban casi desnudas; sus amas se esmeraban en adornarlas con sus propias alhajas, porque hasta en esto entraba la emulación y la competencia. Las reinas de cada cabildo marchaban erguidas, deslumbran-

tes de pedrería y galones de oro, con la corona de reina guarnecida de diamantes, de esmeraldas, de perlas, y la negra bozal se veía que con la riqueza que llevaban encima habría podido liberarse ella y su familia, y que pasadas las fiestas volvía triste y abatida a sufrir el agudo dolor moral y las penalidades físicas de la esclavitud. Sólo el rey y la reina podían llevar paraguas, como un privilegio exclusivo de la majestad real. Las princesas y damas de la corte no pudiendo llevar sombreros se cargaban la cabeza de guirnaldas y ramos de flores, tanto por alivio como por adorno.

Aquellos eran los días de casi libertad para los esclavos. Siendo ellos protegidos por la veneración que se tenía a la mujer escogida por Dios para «consuelo de los afligidos» sus amos les daban solaz y holganza, y no habrían podido hacer lo contrario aunque hubiera querido, porque la costumbre y la opinión los obligaba a ello, y la autoridad misma lo exigía. Oída la misa solemne a las doce del día, bajaban todos llenos de contento y unción religiosa, con la misma agitación con que habían subido y entraban a la ciudad como a las tres de la tarde [...] y las reinas y princesas se apresuraban a devolver a sus amos las valiosas alhajas de su adorno, temblando de haber perdido algunas, lo que no sucedió jamás. Desde aquel momento, hombres y mujeres quedaban completamente libres para divertirse en sus cabildos hasta las seis de la mañana del miércoles, que oían misa en San Diego, en el altar de san Benito el negro, en la que el sacerdote les imprimía en la frente la cruz de la ceniza.¹¹

Por su parte, Rensselaer describe el carnaval de Barranquilla de 1829, haciendo un temprano registro que contradice las afirmaciones usuales sobre el inicio de esta fiesta a mediados del siglo. Apenas iniciaba Juan Bernardo Elbers sus aventuras pioneras con la navegación en vapor por el río Magdalena, y la ciudad era poco más que bodegas rodeadas de arena, cuando el viaje-



Danza del Garabato.

ro norteamericano escribió una carta a su padre en la cual capta el espíritu de este carnaval con un estilo que ya desearían tener los modernos cronistas del tema:

Tuvimos la fiesta del Carnaval que en Italia dura varias semanas, pero en este lugar, donde tantos dependen de la labor cotidiana, ha sido prudentemente reducida a tres días durante los cuales no es del caso trabajar porque todo es alegría y travesura. No podría decir ahora sobre el motivo que originó el festival, si fue el paganismo o algún evento eclesiástico. Aquí parece que el lugar principal lo tienen los aborígenes del país con sus trajes antiguos [...] Observé que los numerosos disfraces que pasaban en grupos se golpeaban unos a otros con palos y que la ropa vuela en pedazos cuando hay riña alrededor de cualquier fruslería, pero sólo en una ocasión vi que alguien perdió el buen humor y al pobre diablo le cobraron muy cara su aspereza. Una muchedumbre disfrazada lo agarró y, después de frotarle la cara con una yerba urticante, unos lo tomaron de los tobillos hasta ponerlo boca abajo y otros lo golpearon sin misericordia en una parte innombrable. La lección del caso era mostrar que, del mismo modo que no se había intentado infligir un daño real, nadie debía enfadarse por las triquiñuelas que sufriera. Recordé esta lección cuando, en el transcurso de la mañana, un disfrazado me lan-

zó un huevo que me golpeó pleno en el pecho sobre mi immaculado lino blanco y se rompió pero, para mi satisfacción, encontré que sólo contenía agua pura; la yema y la clara se le habían extraído precisamente con ese propósito [...] Entre todos los grupos que llamaron mi atención, ninguno capturó mi fantasía por la originalidad y lo apropiado de su disfraz como dos grupos de indígenas: el primer grupo, dirigido por un cacique nombrado especialmente para la ocasión, fue escogido de entre los descendientes del pueblo desafortunado que representan; el otro grupo, que eran los indígenas civilizados, actuaban de acuerdo con el ejército. El objetivo de los dos grupos era mostrar la subyugación del país por los españoles sobre los primitivos aborígenes que habían sido los únicos «dueños de la tierra». Los dos grupos evitaron cuidadosamente encontrarse hasta la noche del tercer día; mientras tanto todos se dedicaban a divertirse lo mejor posible. La tribu no sometida se vistió con toda la grandeza aborígen; cada guerrero llevaba arco y cargas y ocasionalmente bailaba en las calles al sonido de su música nativa, producida en una especie de flauta por dos intérpretes. Estas flautas tenían tres pies de largo; la primera contiene cuatro huecos para colocar los dedos y produce un aire melodioso, salvaje y alegre que la gente adora en exceso. La otra flauta no tiene sino uno o dos huecos para los dedos y con una calabaza llena de granos se utiliza por la segunda persona como acompañante de la primera. Las danzas para esta música se desarrollaron sistemática y regularmente, y el tono familiar de un grito de guerra especialmente profundo hacía renacer ecos ancestrales. Los vistosos trajes de esta tribu salvaje se hacían más llamativos todavía con una profusión de plumas brillantes sobre las cuales desplegaban el arco y la flecha, sus armas originales, y que le imprimían una apariencia grotesca Y más bien espléndida en conjunto. Al anochecer del tercer día, las tropas y sus amigos indígenas marcharon juntos hacia un espacio abierto donde estaban las tribus salvajes, allí tuvo lugar una batalla en la cual estos últimos fueron completamente derrotados y hechos prisioneros y el espectáculo termina con el bautizo de uno de los cautivos. No había sido sino un burlesco simulacro de pelea con muchos gritos y unos cuantos golpes de lanza y, sin embargo, el espectáculo despertaba una serie de ideas que, naturalmente, asociadas con el trato antinatural y cruel que los antepasados de esta misma gente recibieron de sus conquistadores se-

dientos de sangre, dejaba una impresión no muy fácil de erradicar.¹²

Otra vez *la Conquista*, consagrada a recordar la sangrienta gesta española, la lucha entre aborígenes y conquistadores, la violencia simbólica que recrea los orígenes de la cultura. Muy atinadamente, Van Rensselaer capta la presencia de los elementos aborígenes, como si ésta fuera una ocasión para resucitar todos los fantasmas y pabellones que intentó sepultar la violencia conquistadora. Razón tenía en percibir «ecos ancestrales» y otras cosas que le dejaron «una impresión no muy fácil de erradicar». Y no era para menos. Descendientes de aborígenes y esclavos que utilizaban sus danzas vernáculas como mecanismo de memoria colectiva, para que nadie se olvidara del rostro del enemigo. Van Rensselaer nos dice que el ambiente estaba marcado por música interpretada por el conjunto de gaitas, que tenía una melodía entre salvaje y alegre evocadora de antepasados tribales y de anhelos libertarios.

NOTAS

¹ Natalio Galán, *Cuba y sus sonos*, Valencia, Editorial Pre-Textos, 1997, p. 21; Joseph Arbena, Henry Schmidt y David Vassberg, *Regionalism and the Musical Heritage of Latin America*, Institute of Latin American Studies, University of Texas, Central Duplicating, 1980, p. 54.

² Mijail Bajtin, *La cultura popular de la Edad Media y Renacimiento*, Madrid, Alianza Editorial, 1990.

³ Fernando Ortiz, *Los viejos carnavales habaneros: Estudios etnosociológicos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1991, p. 202-221.

⁴ Jacques Le Goff, *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente medieval*, Madrid, Ediciones Taurus, 1983, p. 251-260.

⁵ Susana Friedman, *Las fiestas de junio en el Nuevo Reino*, [s.c.], Editorial Kelly, 1983, p. 38-41

⁶ Gabriel Martínez Reyes (comp.), *Cartas de los obispos de Cartagena de Indias durante el período hispánico, 1534-1820*. Medellín, Publicaciones de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica, 1986, p. 491-492, 498, 647.

⁷ Néstor Madrid-Malo, «De la reconquista a la libertad», *Diario del Caribe*, Barranquilla, 1987, p. 16.

⁸ Anónimo, *Cartas escritas desde Colombia durante un viaje de Caracas a Bogotá, y desde allí a Santa Marta en 1823*. Bogotá, Banco de la República, 1975, p. 123-124.

⁹ Carl August Gosselman, *Viaje por Colombia: 1825 y 1826*, Bogotá, Banco de la República, p. 91, 92; 115-116.

¹⁰ Catharina V. R. Bonney, *A Legacy of Historical Gleanings*, Albany, 1875, Vol. 1, p. 447-448. Traducción de Adolfo González Henríquez.

¹¹ Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1929, p. 208, 209.

¹² Catharina V. R. Bonney, *A Legacy of Historical Gleanings*, Albany, 1875, Vol. 1, p. 467-468. Traducción de Adolfo González Henríquez. ■